

¿Locura, épica o tragicomedia?

Las historias de la contraofensiva montonera en la era de la democracia consolidada¹

Esteban Campos²

Resumen

En este artículo se indagan las producciones literarias, testimoniales y periodísticas sobre la Contraofensiva montonera de 1979-1980, tratando de desmontar sus estrategias narrativas. En la Argentina, las últimas campañas militares de la organización armada Montoneros constituyen un episodio traumático para la memoria pública y la investigación histórica, consolidándose un estereotipo de la Contraofensiva como contratara de la razón política democrática restaurada en 1983. ¿De donde proviene la tendencia a juzgar como locura, tragedia o épica a la última batalla de la guerrilla argentina? Para responder ésta pregunta, incorporaremos como marco teórico y disciplina auxiliar a la Antropología cultural de Marvin Harris, en particular las categorías *emic* y *etic*, que se emplearán para comprender las actitudes del investigador de campo. Así podremos comprender las diversas formas de «empatía» y «antipatía» hacia los movimientos armados, entendiendo estas reacciones como una toma de distancia o un apego estrecho respecto de las categorías nativas del objeto de estudio. Tomaremos tres libros sobre la Contraofensiva montonera: *El tren de la victoria. Una saga familiar*, de Cristina Zuker (2003), *Lo que mata de las balas es la velocidad*, de Eduardo Astiz (2005) and *Fuimos soldados. Historia secreta*

Abstract

In this paper we investigate the literary, journalistic and testimonial productions on the Montonero's Counteroffensive, trying to remove its narrative strategies. In Argentina, the latest military campaigns of the armed organization Montoneros constitute a traumatic event for the public memory and historical research, consolidating a stereotype of the Counteroffensive as a reverse of democratic political reason restored in 1983. Where does the tendency to judge as madness, tragedy or epic the last battle of the Argentine guerrilla? To answer this question, we incorporate as theoretical framework and auxiliary discipline the cultural anthropology Marvin Harris, including *emic* and *etic* categories, which will be used to understand the attitudes of the fieldworker. So we can understand the various forms of «empathy» and «antipathy» toward the armed movements, understanding these reactions as a take away or a narrow attachment on native categories of subject matter. We will take three books on the Montonero's counteroffensive: *El tren de la victoria. Una saga familiar*, from Cristina Zuker (2003), *Lo que mata de las balas es la velocidad*, from Eduardo Astiz (2005) and *Fuimos soldados. Historia secreta*

¹ Trabajo recibido el 30/03/2013. Aprobado el 15/06/2013

² Doctor en Historia, Universidad de Buenos Aires. Becario posdoctoral de CONICET. Contacto: estebancampos1977@gmail.com

velocidad, de Eduardo Astiz (2005) y *Fuimos soldados. Historia secreta de la Contraofensiva montonera*, de Marcelo Larraquy (2006).

Palabras clave: Montoneros – *emic* – *etic* – historia reciente – Contraofensiva

de la Contraofensiva montonera, from Marcelo Larraquy (2006).

Keywords: Montoneros – *emic* – *etic* – Recent History – Counteroffensive

Introducción

«Somos oradores sin fieles, ideólogos sin discípulos, predicadores en el desierto. No hay nada detrás de nosotros; nada, debajo de nosotros, que nos sostenga. Revolucionarios sin revolución: eso somos. Para decirlo todo: muertos con permiso. Aun así, elijamos las palabras que el desierto recibirá: no hay revolución sin revolucionarios»

Andrés Rivera, *La revolución es un sueño eterno*

El objetivo de este trabajo es desentrañar los nudos de sentido y puntos de vista en tres historias sobre la Contraofensiva montonera que incluyen géneros muy diversos, como el periodismo de investigación, la narración testimonial y la novela: *El tren de la victoria. Una saga familiar*, de Cristina Zuker (2003), *Lo que mata de las balas es la velocidad*, de Eduardo Astiz (2005) y *Fuimos soldados. Historia secreta de la Contraofensiva montonera*, de Marcelo Larraquy (2006). A partir de la transición democrática que se inició en la Argentina hacia 1983, los conflictivos años 60 y 70 se volvieron un objeto caliente, marcando una profunda sutura entre el pasado y el presente. Un recodo temporal ante el cual todavía hoy parece imposible resistir la tentación de emitir una prescripción moral, ya sea porque quienes escriben sobre historia reciente pertenecen a la generación que cobijo a la nueva izquierda, o bien porque los jóvenes investigadores que no vivieron aquella época siguen sus huellas. Esta tendencia se manifiesta de manera frecuente como empatía o antipatía frente a los movimientos armados que actuaron entre 1959 y 1989, un tema que para la historiografía académica, así como para buena parte de la sociedad, sigue siendo el hecho maldito de un pasado que se resiste a ser olvidado³. La empatía se manifiesta en la imposibilidad de

³ Para Omar Acha, en los 80 el peronismo dejó de ser motivo de crispación para el campo académico, y fue presentado como un capítulo de la modernización argentina. De esta manera lo monstruoso, la alteridad radical incapaz de ser comprendida por la historiografía pasó a ser la violencia política de los 70 y el terrorismo de Estado, v. ACHA (2012): 124.

apartarse de la perspectiva de los actores de aquel pasado que se quiere analizar o evocar, algo comprensible cuando leemos narraciones testimoniales que hablan en primera persona desde el lugar de verdad del «yo-lo-viví». Un buen ejemplo de esta corriente son los libros de Miguel Bonasso, Daniel de Santis, Roberto Perdía y Ernesto Jauretche, en una clave narrativa más o menos épica y, según el caso, más o menos documentados⁴. La antipatía, por el contrario, resulta del extrañamiento cultural de aquello que se percibe como la «locura» y el «mesianismo» guerrilleros, tópicos que vuelven irracional e ininteligible la experiencia de lucha armada en la Argentina. Es difícil separar ésta toma de distancia de la crítica generacional a la opción por las armas, que conduce desde los 80 un conjunto de intelectuales vinculados a las instituciones universitarias. Entre los miembros más ilustres de esta camada se encuentran Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y Hugo Vezzetti⁵.

¿De dónde proviene este modo de percepción que, en cierta medida, contribuyó a fundar el campo de la joven Historia reciente? En la década del 80, revistas como *Controversia* y *Punto de Vista* expresaron la toma de distancia como una autocrítica de la militancia setentista, en medio del naufragio político provocado por el terrorismo de Estado. El proyecto de refundación democrática inaugurado por el presidente Raúl Alfonsín, en cambio, incluyó la crítica de la violencia política como un argumento para la defensa de las instituciones liberales, síntoma de un cambio de época que aún no se adivinaba como algo perdurable. La imagen de una guerrilla enajenada de la sociedad se erigió como uno de los soportes de la teoría de los dos demonios, formalizada en el prólogo del informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP)⁶. En la segunda mitad de los años 90, el incremento de las luchas sociales coincidió con un avance de las organizaciones de derechos humanos. Los movimientos sociales que aglutinaban a trabajadores desocupados, familiares de desaparecidos y asambleístas barriales tendieron un puente simbólico hacia los 70, explicando la parábola histórica del neoliberalismo como resultado del golpe militar de 1976. Las organizaciones de Derechos Humanos reivindicaron al militante político que

⁴ MANZANO (2007); DE SANTIS (1998); PERDÍA (1997), LEVENSON y JAURETCHE (1998).

⁵ ACHA (2012): 167-193; SARLO (2003); VEZZETTI, *Sobre la violencia revolucionaria* (2009), ALTAMIRANO (2001).

⁶ CONADEP (1985). Según la teoría de los dos demonios, el terrorismo de ultraderecha y ultraizquierda cayó sobre una sociedad paralizada por el miedo, exculpando a la sociedad civil, a la clase política y a las Fuerzas Armadas como institución del Estado de derecho.

había detrás de cada víctima del terrorismo de Estado, desplazamiento que contribuyó a volver más inteligible al objeto de la guerrilla. En ese sentido, la publicación de *La Voluntad* en 1997, de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, reflejó el intento de sistematizar los testimonios de la experiencia militante y de repolitizar a las víctimas, como una forma de resistencia frente a la cultura neoliberal⁷. Lo significativo de *La Voluntad* no fue su novedad en la manera de narrar los 70, sino el éxito editorial, que alimentó una industria cultural en permanente crecimiento gracias al desarrollo del género de la no ficción. En este nuevo contexto, la toma de distancia excesiva parece un anacronismo: el peligro sería un apego apasionado al objeto (la incapacidad de lograr un mínimo de distancia crítica), pero también la antipatía de tratar a los guerrilleros como si fueran una alteridad radical, el gran Otro de la virtud democrática.

El problema de la aproximación al pasado caliente de los 60/70 no se agota en el binomio empatía/antipatía, ni es únicamente de orden historiográfico. Si el «objeto» de la historia reciente está lleno de personas que aún viven y son capaces de imponer una narrativa sobre aquella experiencia, nuestra perspectiva no puede ser únicamente la del investigador de archivo. Hay que incorporar las herramientas del antropólogo que realiza su trabajo de campo entre los nativos. Para analizar los modos en que funciona una cultura, Marvin Harris plantea una división esquemática entre pensamiento/materia y actitudes mentales/conductuales. El método para observar estos pares es a través las descripciones *emic* y *etic*, categorías que el antropólogo norteamericano toma del lingüista Kenneth Pike. Pike divide el lenguaje humano en *phonemics* (la fonémica, es decir la lengua como sistema de significados) y *phonetics* (la fonética, es decir, el soporte material y corporal del habla corriente). Aplicando estos conceptos al análisis social, Marvin Harris identifica la descripción *emic* como el punto de vista del nativo, y la aproximación *etic* como el punto de vista del investigador:

Resta el hecho de que los pensamientos y la conducta de los participantes pueden enfocarse desde dos perspectivas distintas: desde la de los propios participantes y desde la de los observadores. Es posible, en ambos casos, la descripción científica -esto es, objetiva- de los campos mental y conductual. Pero en el primero, los conceptos y distinciones empleados por los observadores son significativos y apropiados para los participantes, mientras que en el segundo, lo son para los observadores⁸

⁷ ANGUITA y CAPARRÓS (1997).

⁸ HARRIS (1985): 46.

La descripción *emic* se integra con los enunciados que el nativo estima reales. Gracias a la recolección de esta valiosa información, el investigador aprende categorías útiles para pensar y actuar como un nativo (por ejemplo, el aforismo de John William Cooke acerca del peronismo como hecho maldito del país burgués, la consigna maoísta «el poder brota de la boca del fusil», etc.). La descripción *etic*, en cambio, se alimenta de la capacidad que tiene el investigador para generar teorías científicas. Por eso se usan categorías externas al objeto de estudio (por ejemplo, la «pulsión de muerte», el «mesianismo» y las «alucinaciones revolucionarias»). En la mirada *emic*, el informante es el juez del análisis realizado por el investigador, que depende de él para decodificar el lenguaje y los hábitos de los nativos. En la perspectiva *etic*, por el contrario, el propio investigador es el juez de las categorías y conceptos empleados en el análisis. Va de suyo que para Marvin Harris no hay que elegir entre uno u otro punto de vista, sino que el abordaje científico de una cultura depende de ambos. Si echamos una mirada panorámica sobre las diferentes aproximaciones al pasado reciente, todo el campo aparece escindido: memorias y ensayos que comparten el punto de vista del nativo, investigaciones académicas que producen efectos teóricos sobre la configuración de ese mismo pasado. Para complicar el asunto, los propios observadores parecen estar presos de las categorías nativas forjadas en la transición democrática, por ejemplo cuando se mide el carácter «antidemocrático» y «autoritario» de las organizaciones armadas con el rasero de 1983.

La Contraofensiva montonera

Como parte de nuestro proyecto posdoctoral en torno a la revista *Evita Montonera*, medio de prensa militante publicado entre 1974 y 1979, interesa en particular indagar la producción historiográfica, periodística y testimonial sobre los últimos años de Montoneros, que englobamos bajo la abarcadora categoría de «narrativa histórica». En la historiografía académica, este período no ha sido desarrollado aún de manera específica, salvo dos capítulos del ya clásico libro de Richard Gillespie⁹ Allí se plantea la tesis de la militarización como punto de inflexión en la historia de la organización armada: Mon-

⁹ GILLESPIE (1998): 205-328. En el libro del historiador británico, la Contraofensiva montonera ocupa solo dos páginas, ya que la tesis doctoral donde incluye su estudio sobre Montoneros fue defendida en 1979, cuando se inició la campaña guerrillera.

toneros pasaría de una época jalonada por la actividad política de masas entre 1973 y 1974, donde impulsó agrupaciones como la Juventud Peronista, la Juventud Trabajadora Peronista, la Unión de Estudiantes Secundarios, la Juventud Universitaria Peronista y la Agrupación Evita, a un momento de repliegue, reorganización y creciente aislamiento entre 1975 y 1976. La derrota de Montoneros habría sido facilitada por decisiones políticas como el regreso a la clandestinidad y la militarización de los activistas sociales, al igual que la persecución sufrida durante el gobierno de Isabel Perón. La trayectoria de Montoneros desde el golpe militar de 1976 hasta su disolución en los años 80 es vista por varios analistas como una «edad oscura», donde se confirmarían las hipótesis sobre el militarismo, el vanguardismo, el mesianismo y el terrorismo en el que habría caído ésta organización armada¹⁰. Estos trabajos tienen el mérito de advertir la continuidad entre la cultura política de los años 60 y el desarrollo de las grandes organizaciones político-militares en la década del 70, contribuyendo a desplazar el foco de atención del militante al combatiente. Pero también cabe señalar que los acercamientos más novedosos a la última etapa de Montoneros no han sido realizados desde la historiografía académica, sino a través de las narraciones testimoniales, el periodismo de investigación y la novela histórica. El denominador común de estas aproximaciones ha sido la evaluación política y moral del accionar montonero, o la fascinación literaria por la situación límite del enfrentamiento entre la guerrilla peronista y la dictadura militar.

En 1978, la dictadura militar conducida por Jorge Rafael Videla empezó a mostrar sus primeras resquebrajaduras, debido al aumento de la conflictividad sindical y las huelgas obreras. La Conducción Nacional de Montoneros decidió entonces que era hora de pasar de la «defensiva estratégica» a una Contraofensiva popular. La previsión de los dirigentes montoneros era que, en un ambiente caldeado por las movilizaciones obreras, una serie de acciones militares de propaganda armada iban a colocar a la guerrilla peronista a la cabeza de la movilización, recuperando presencia en las calles y acelerando la descomposición del régimen militar. En última instancia, si tenemos en cuenta las categorías nativas de los propios actores, era el método que les había dado tan buenos resultados entre 1970 y 1973, cuando el asesinato del general Aramburu les otorgó un capital político suficiente como para conducir un movimiento de masas y convertirse en un actor político de peso.

¹⁰ A los trabajos de Carlos Altamirano y Hugo Vezzetti ya citados se pueden añadir los de CALVEIRO (2005).

La Contraofensiva de 1979 fue protagonizada por un centenar de militantes, que integraban las Tropas Especiales de Infantería (TEI) y las Tropas Especiales de Agitación (TEA), ambos destacamentos del Ejército Montonero. Los voluntarios se reclutaron en México y España, los principales núcleos del exilio montonero, pero los efectivos de las TEI se entrenaron en el Líbano, gracias a los acuerdos entre Montoneros y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP)¹¹. La misión de las TEA era ponerse en contacto con dirigentes gremiales combativos y realizar transmisiones clandestinas de Radio Liberación TV, interfiriendo las señales de televisión en los barrios obreros para difundir comunicados del comandante Mario Firmenich. Mientras se desarrollaban las tareas de agitación y propaganda, las TEI debían atentar contra altos funcionarios del Ministerio de Economía, considerados como objetivos militares de alto valor simbólico por su responsabilidad en la implementación de políticas económicas impopulares. Los Montoneros deseaban así recrear, en condiciones de laboratorio, una movilización popular que tuviera la envergadura del Rodrigazo, pero con un factor que había brillado por su ausencia en 1975: el apoyo militar de las organizaciones armadas¹².

En la mañana del 27 de septiembre de 1979, la casa de Guillermo Walter Klein, Secretario de Estado de Programación y Coordinación Económica, fue dinamitada por un pelotón de las TEI, con toda su familia adentro. A pesar de que la residencia quedó reducida a escombros, el funcionario, su esposa y sus cuatro hijos sobrevivieron con heridas menores. El 7 de noviembre los Montoneros atacaron el automóvil del Secretario de Hacienda Juan Alemann, mientras viajaba por el barrio de Belgrano. A pesar del alto poder de fuego de los pelotones montoneros, el funcionario de la dictadura salió ileso del atentado. Unos días antes, un comando montonero había asesinado al empresario Francisco Soldati y a un miembro de su custodia, en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires. Mientras tanto, los servicios de inteligencia de la dictadura militar hacían estragos entre las células de combatientes, mediante el secuestro, la tortura y la delación de sus integrantes, método que ya había demostrado su eficacia durante los primeros años del golpe de 1976. A pesar de las bajas, la Conducción Nacional de Montoneros lanzó una segunda Contraofensiva en 1980, con idénticos resultados. La derrota de la Contraofensiva precipitó la disolución de los Montoneros, golpeados por las caídas, las deserciones y las fracturas internas. Es llamativo que aunque este

¹¹ LARRAQUY (2006): 135.

¹² GILLESPIE, 1998: 317-321.

tema no ha sido aún desarrollado por la historiografía académica, ya ha sido visitado en varias ocasiones por la literatura y el cine.

Desde finales de la década de 1990, se nota un auge de la narrativa histórica sobre los 70, que se ha convertido en un boom editorial. Se trata de la emergencia de un conjunto de historias donde se hace difícil delimitar una frontera estable entre el periodismo de investigación, la novela histórica, la memoria militante y la historiografía académica, aunque todas contribuyen a edificar un sentido común histórico. Tras la insurrección popular del 20 de diciembre de 2001, esta peculiar «sed» de historia circuló más allá del ámbito privado del libro, siendo apropiado por los nuevos movimientos sociales que surgieron al calor de la protesta en los primeros meses de 2002. La recomposición de la clase política argentina a partir de 2003 y el declive de la movilización popular inauguraron un nuevo escenario, donde banderas históricas de las organizaciones de derechos humanos -el juicio y castigo a los represores y la derogación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida- se convirtieron en políticas de Estado. De ese modo, una parte de la memoria subalterna fue incorporada al discurso del kirchnerismo, junto a la verdad y la justicia como palabras claves. En este contexto, los combates por la memoria se pusieron de moda, difundidos por el marketing editorial y apropiados por el discurso oficial.

Las narrativas de la Contraofensiva

El libro de Cristina Zuker, *El tren de la victoria. Una saga familiar*, se publicó en noviembre del año 2003, cuatro meses después de que el juez argentino Claudio Bonadío ordenara el arresto de Mario Firmenich, Roberto Perdía y Fernando Vaca Narvaja, ex miembros de la Conducción Nacional de Montoneros. La acusación les atribuía responsabilidades por la desaparición de quince militantes durante la Segunda Contraofensiva de 1980, entre los que se encontraba Ricardo Zuker, hijo del actor Marcos Zuker y hermano de la autora. Por lo tanto, la obra apareció en los escaparates de las librerías justo cuando el episodio de la Contraofensiva había adquirido de súbito una fugaz actualidad, en el marco de la nueva política de Derechos Humanos impulsada por el presidente Néstor Kirchner. *El tren de la victoria* es una prosopografía construida a través de testimonios de primera mano, en la que Cristina Zuker realiza un ajuste de cuentas con el pasado familiar, y al mismo tiempo investiga por qué su hermano Ricardo decidió enrolarse en la Contra-

ofensiva montonera. Como el libro cumple con el propósito de narrar una saga (o mejor dicho, una tragedia) familiar, la autora no se preocupa por elaborar formalmente una hipótesis para responder aquel traumático por qué. Sin embargo, en varios pasajes de *El tren de la victoria* se advierte una teoría implícita, que trata de explicar las motivaciones del hermano perdido apelando al recurso del psicologismo. Es lo que se deduce a partir de los testimonios de Betty, Dani y Eduardo Epzteyn:

«No estaban bien psicológicamente, tenían una inestabilidad muy fuerte», y los incluye entre quienes «no pudieron hacer de su vida ninguna otra cosa, que no pudieron salir de lo que supuso ese fracaso, la derrota, las pérdidas (...) Fue muy difícil irse, perder todo nuestro mundo. El Pato nunca consiguió salir de la melancolía, de la nostalgia. Para el no existía otra cosa que no fuera Buenos Aires, la hinchada, la política¹³

Va de suyo que aquí no pretendemos minimizar el trauma del exilio, que impactó de diversas maneras sobre la emigración política argentina¹⁴. Solamente queremos destacar el sesgo interpretativo que predomina a lo largo de toda la obra, apoyado en una reelaboración de los recuerdos familiares y del entorno de los protagonistas. La trayectoria del «Pato» Ricardo Zuker es singular y a la vez común a todo un sector de la militancia política de los años 70. Comenzó su carrera política en la Unión de Estudiantes Secundarios, y más tarde en la Juventud Universitaria Peronista, ambas agrupaciones vinculadas a los Montoneros. Sin embargo, hacia 1975 abandonó la militancia orgánica, lo que no impidió que dos años después, durante la dictadura de Jorge Rafael Videla, una patota militar lo secuestrara. Gracias a las gestiones de la familia Zuker con altos oficiales de las Fuerzas Armadas como Guillermo Suárez Mason y Roberto Viola, Ricardo fue liberado cuarenta y seis días después, con evidentes signos de tortura. El 17 de mayo de 1977 partió al exilio en Brasil, y más tarde se radicó en España, donde se vincularía a la Contraofensiva montonera. Es en este punto donde el relato de Cristina Zuker adquiere sus trazos más vívidos, evocando la depresión del exilio, las reuniones «necrológicas» donde se recordaba a los compañeros caídos, el sentimiento de culpa por haber sobrevivido, en resumen, la crisis de sentido de toda una subjetividad política.

¹³ ZUKER (2003).

¹⁴ FRANCO (2008).

Otra constante en la narración de Cristina Zuker es la ridiculización de los militantes montoneros, operación que implica una toma de distancia y provoca un efecto de aislamiento e incompreensión respecto de la política armada en general. Por ejemplo, cuando se describe el entrenamiento de los grupos TEI en el Líbano, la gravedad de la situación es destronada por una situación cómica¹⁵:

Primero lo hacíamos sin armas, como si fuera un ensayo de ballet o de teatro. Íbamos haciendo «ta,ta,tatata» como si de verdad estuviéramos disparando. Había que ir zigzagueando, reptando, que es más o menos lo que te enseñan en la colimba. También ensayaban, primero desarmados, como graduar el gatillo para no quedarse sin balas, tratando de darle un ritmo casi musical al «ta, ta, tatata» del ejercicio. La diferencia apareció cuando tuvieron la ametralladora en las manos. -En medio de un tiroteo infernal contra un objetivo móvil, a una compañera se le trabó el arma. Entre el fuego, los casquillos de balas y el humo, lo único que se le ocurrió fue seguir adelante, haciendo «ta,ta, tatata», como si estuviera disparando¹⁶

Para el Diccionario de la Real Academia Española, lo ridículo es algo que «por su rareza o extravagancia mueve o puede mover a risa». Rareza y extravagancia que dota a la militancia montonera de una atmósfera artificial carente de sentido, convirtiendo a la Contraofensiva en un mero simulacro. Bien podríamos pensar entonces que en *El tren de la victoria*, los militantes sobrevuelan la realidad como si fueran personajes de un cuento borgeano, a la manera de aquel Herbert Ashe de Tlön, Uqbar, Orbis Tertius que «*en vida padeció de irrealidad, como tantos ingleses*»¹⁷. Para Cristina Zuker todo el episodio de la Contraofensiva parece reducirse a un pseudo-acontecimiento que se llevó la vida del hermano Esta mirada no es *emic* y ni *etic*: por un lado, no comparte las categorías nativas porque es ajena a una militancia que se le

¹⁵ La comicidad como estrategia para destronar o subvertir la seriedad y gravedad de una forma cultural dominante es una idea de BAJTIN (1994).

¹⁶ ZUKER (2003): 170-171. Esa percepción se refuerza con otros testimonios: «*Los encuentros con los compañeros eran más furtivos. Había que hacer cosas ridículas como vendarnos y dar vueltas para ir a la casa de alguien, así no se sabía donde vivía, y no se podía cantar el lugar*» (pág. 76). En otros pasajes, el roce entre la rígida disciplina militante y el proceso de modernización cultural de la década de 1960 origina situaciones que son caracterizadas por la autora como «tragicómicas» (pp. 72, 74-75, 156).

¹⁷ BORGES (1965): 13-34.

aparece como algo extraño. Sin embargo, tampoco es completamente exterior a los acontecimientos, ni tiene una teoría sistemática para explicarlas.

Hacia 2005, cuando el interés por el pasado reciente de la Argentina ya se había convertido en un auténtico *boom* editorial, apareció *Lo que mata de las balas es la velocidad. Un historia de la contraofensiva montonera del 79*, de Eduardo Astiz. Se trata del único ejemplo en la muestra que hemos seleccionado de un relato narrado a partir de la perspectiva *emic*, es decir, desde el «punto de vista del nativo»: el autor participó en la campaña militar de 1979 y formalizó su ruptura con Montoneros en 1980, siguiendo los pasos de Miguel Bonasso, Pedro Orgambide y Ernesto Jauretche, fundadores de la agrupación disidente Montoneros 17 de octubre. Ésta marca tan personal en el cuerpo del texto no se termina de resolver a lo largo de la trama, donde se observa un llamativo desdoblamiento de la personalidad del autor. Sintomáticamente, Eduardo Astiz emplea la primera y la tercera persona del singular para referirse al actor protagónico de su historia, lo suficiente como para que quede bien claro que «el pelado Carlos», «el pelado José» o simplemente «el Pelado» es él mismo. Entonces, nos encontramos ante un relato híbrido, a mitad de camino entre la novela (que proyecta la imagen de un otro original y excepcional) y el testimonio (que narra una mismidad desde la primera persona)¹⁸. Eduardo Astiz escribe una historia ambigua, donde se reconstruye de manera brillante las vicisitudes para transmitir los comunicados de Radio Liberación TV y la fatal encerrona provocada por el cerco de la represión ilegal, pero al mismo tiempo es incapaz de ir más allá de las categorías mentales predominantes en los años 70. Por ejemplo, en las primeras páginas del libro, cuando se realiza una digresión sobre el centro clandestino de detención ubicado en la ESMA, aparecen dos tópicos fuertes que sirven para marcar los límites simbólicos del relato:

Por esta terrible cámara del terror pasaron 6.000 compañeras y compañeros y solo algunos pocos lograron salvar la vida. Unos cuantos mediante la traición y la colaboración con el enemigo, «marcando» por la calle a compañeros o torturando y colaborando en «inteligencia». Otros colaboraron en este proyecto aún sin haber traicionado pero los compañeros que merecen una mención especial son los que se mantuvieron íntegros, ya que no sólo salvaron la vida sino que la dignificaron. Esos compañeros son los que no se quebraron, siguiendo siendo montoneros, revolucionarios, aguantaron la tortura, no entregaron nada ni a nadie y mantuvieron

¹⁸ SARLO (2007): 19.

la lucha en las entrañas mismas de las mazmorras hechas para la destrucción del ser humano¹⁹

Los dos polos de esta definición son el heroísmo (los militantes «que no se quebraron, siguiendo siendo montoneros, revolucionarios») y la traición. De hecho, para Astiz la ESMA no parece haber sido tan solo un infierno, sino un purgatorio, ya que algunos compañeros tuvieron que colaborar con la dictadura en tareas de inteligencia «aún sin haber traicionado». Pero lo más importante, el campo de concentración también podía ser una escalera al cielo, ya que unos pocos militantes «no solo salvaron la vida sino que la dignificaron». En este sentido, *Lo que mata de las balas es la velocidad* comparte la misma axiología binaria del tipo heroísmo/traición de *Recuerdo de la muerte*, el libro de Miguel Bonasso²⁰. Ésta dificultad para tomar distancia respecto de las categorías del pasado reciente se advierte por la seriedad con la que se relata el entrenamiento militar en México, como primer paso hacia la Contraofensiva:

María, una compañera de unos 35 años, enfundada en un jean muy ajustado y calzada con botas, daba órdenes a los miembros de su pelotón y todos avanzaban agazapados hacia una serie de blancos móviles instalados en una gran zanja. Ramón corrió entre los árboles, se tiró cuerpo a tierra, rodó hacia la derecha y comenzó a disparar la metralleta. Apoyada por su fuego, María corrió hacia unos matorrales, al llegar se dio vuelta y ordenó con señas a otro compañero que avanzara mientras Chaco lo cubría en su carrera lanzando una granada. Desde su posición, María empezó a disparar tiro a tiro, mientras Ramón, joven y muy ágil, cubría una gran distancia moviéndose en cuatro patas. El ejercicio continuó unos minutos más²¹

Al revés de lo que pasaba con *El tren de la victoria*, donde las armas, los uniformes y las maniobras militares acentuaban la atmósfera de irrealidad que habría rodeado a la militancia montonera, en el libro de Eduardo Astiz los mismos elementos sirven para fundar la realidad, como ocurre en las películas de acción. No hay combatientes sin armas, y por eso el relato comienza con una descripción del entrenamiento en el exilio arraigada en el realis-

¹⁹ ASTIZ (2005): 10.

²⁰ BONASSO (2010) y ASTIZ (2005): 82, 262, 264 y 267. Para la antinomia heroísmo/traición v. LONGONI (2007).

²¹ ASTIZ (2005): 7.

mo bélico. Esto no significa que *Lo que mata de las balas es la velocidad* esté desprovisto de humor, sarcasmo e ironía. Por el contrario, la comicidad se incluye en todo momento, como para reforzar el «rostro humano» de la militancia montonera, tan desfigurado por las críticas a la Contraofensiva. El esfuerzo por humanizar a los combatientes, por otra parte, parece apuntar a una justificación *post-facto* de sus prácticas:

En el territorio quedaban pocos compañeros aguantando el temporal. Pronto las TEA 2 terminarían su actividad y podría considerarse exitosa pero insuficiente para cambiar el rumbo de los acontecimientos. Yäger conducía las Tropas Especiales de Infantería y **el increíble esfuerzo y valentía de estos compañeros que, equivocados o no, eran compañeros revolucionarios que jugaban mucho más que su vida en el intento**. ¿Lograrían ellos torcer el rumbo y convertir esta derrota en un empate, por lo menos? No, esto no se emparda en poco tiempo sino con otra política²²

Más allá de las críticas que se realizan en este pasaje y en el conjunto del libro a la Conducción Nacional de Montoneros, aquí no se pondrían en juego las principales categorías de la cultura política guerrillera. Dicho en otras palabras, los errores no hacen mella en la verdad de la política armada, signada por el heroísmo y el compromiso vital. Como dijera Carlos Brocato, «la praxis del coraje no admite cuestionamientos»²³.

En el año 2006, el periodista e historiador Marcelo Larraquy publicó *Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera*. El libro se divide en dos partes bien definidas: en la primera, «Fuimos soldados», se narra la Contraofensiva montonera a través del testimonio de un militante cuya identidad se protege bajo el nombre imaginario de Lazarte. La segunda parte, «Operación masacre», describe los operativos de la Contraofensiva en la Argentina, y cómo fue cayendo cada grupo en manos de las Fuerzas Armadas. En el libro la toma de distancia no es tanto una operación, como se puede ver en la literatura testimonial y ensayística sobre los 70 de la transición democrática, sino más bien un simple efecto del paso del tiempo. El autor pertenece a una generación distinta a la que protagonizó los hechos armados, y trata de comprender la Contraofensiva desde unas categorías nativas que con el filósofo esloveno Slavoj Žižek podríamos denominar «post-políticas» y «post-ideológicas», ya que proyectan la negación posmoderna

²² ASTIZ (2005): 297. El subrayado en negrita es mío.

²³ BROCATO (1985): 21-22

de lo político y lo ideológico al pasado reciente²⁴. Esto se nota por la importancia que le da Larraquy al testimonio de Lazarte y sus motivaciones para volver a la Argentina en 1979:

Lazarte tampoco creía en el plan de Galimberti. La Conducción no iba a ceder jamás el poder por presiones políticas. La única solución, para él, era eliminar a la Conducción en México. Eliminarla físicamente, se entiende. Es decir, dar un golpe de estado para tomar el control interno. A Galimberti le pareció una locura. A Lazarte no. El plan requería una planificación metódica. Mucha elaboración, mucha paciencia. Desde entonces, dirigió cada paso hacia ese objetivo. Lo primero que debía lograr Lazarte era que la Organización confiara en él y lo reincorporara como soldado montonero²⁵

Aquí la Contraofensiva pierde toda connotación política, despojando de sentido a la experiencia de Lazarte hasta reducirla prácticamente a un acto de venganza personal. Si nos detenemos aquí, podríamos pensar que desde este punto de vista, que bien podríamos definir como *etic*, no hay mucha diferencia entre un montonero y un psicópata. Sin embargo, Larraquy evita caer en el lugar común de que la Contraofensiva fue una «locura», una simplificación repetida hasta el cansancio incluso por especialistas en la historia de Montoneros:

¿Cómo entenderlos? Dos montoneros a punto de matarse entre ellos en un jardín público, con vecinas que se alejaban frente al temor de quedar involucradas en un ajuste de cuentas de ladrones, en el momento más salvaje y eficiente del aniquilamiento, cuando Henry Kissinger autorizaba a los militares argentinos a aplicar la represión mas implacable, siempre que lo hiciesen rápido. Pasaban estas cosas. Y creo que pasaban no porque estuvieran locos, sino porque se sentían soldados, soldados nacidos en los Altos de San Isidro y en la villa La Cava, soldados que incluso después del golpe de Estado, ante la caída de un oficial, realizaban una formación en la calle, designaban a su reemplazante y se arengaban a continuar la lucha revolucionaria hasta el final²⁶

²⁴ Para Zizek, «La post-política subraya la necesidad de abandonar las viejas divisiones ideológicas y de resolver las nuevas problemáticas con ayuda de la necesaria competencia del experto y deliberando libremente tomando en cuenta las peticiones y exigencias puntuales de la gente», v. ZIZEK (2007): 231.

²⁵ LARRAQUY (2006): 26.

²⁶ LARRAQUY (2006): 21.

Un soldado no es un loco, pero tampoco es un militante político. La escena que describe Larraquy, donde Lazarte, como responsable de la Columna Norte montonera entabla una discusión política mientras encañona a un representante de la Conducción Nacional, es verosímil no porque fueran soldados, sino precisamente por lo contrario. *Fuimos soldados* parece entonces una investigación histórica, donde los objetivos y parte de las técnicas son de orden literario. Dicho en otras palabras, la trama descansa en la fascinación estética por la situación límite de la guerrilla acorralada, antes que en el rigor de la pesquisa histórica. Los recursos narrativos puestos en primer plano, entonces, relajan la necesidad de rigor y evidencia: la versión de Lazarte, aunque es chequeada con otros testimonios, se erige como verdad histórica²⁷. Más que una historia documentada de la Contraofensiva montonera, el libro es una novela histórica apoyada en el género de la no-ficción.

Conclusiones

Hemos pasado revista a la narrativa histórica sobre la Contraofensiva montonera de 1979-1980, comprobando que para escribir sobre este período predominan los trabajos de corte periodístico y testimonial, con un formato literario cuyas figuras, técnicas y recursos estéticos son capaces de producir efectos sobre el sentido común histórico. Hemos intentado desmenuzar esta trama intelectual a través de una investigación *emic*, entendiendo junto a la antropóloga Mary Black que el objeto de estudio de este tipo de pesquisas es la estructura de los sistemas de creencias²⁸. Los conflictos que se presentan ante los enfoques *emic* y *etic* son múltiples: se pueden llegar a deducir hechos de categorías nativas que forman parte de un sistema de creencias, como ocurre con los argumentos psicologistas en Cristina Zuker en *El tren de la victoria*. Por otra parte, también es posible derivar ideas y pensamientos de una teoría científica que no se corresponde con las categorías nativas: es lo que ocurre cuando reducimos la Contraofensiva a una simple «locura», a un sinsentido histórico, dejando de lado qué significó ese episodio para sus protagonistas²⁹. Desde ya, los enfoques de este género no ofrecen solamente

²⁷ Esto también ocurre, aunque en menor medida por la densidad de la investigación, con otro libro de Marcelo Larraquy, la biografía del dirigente montonero Rodolfo Galimberti que escribió junto a Roberto Caballero, v. LARRAQUY y CABALLERO (2000).

²⁸ HARRIS (1985): 52.

²⁹ GILLESPIE (2008).

confusiones: las categorías nativas se pueden corresponder con la realidad y no solo con un sistema de creencias, mientras que las teorías *etic* pueden iluminar aspectos del punto de vista del nativo ignoradas por aquel.

En la narrativa testimonial de *El tren de la victoria*, el absurdo es el lenguaje de la retrospectiva. Las situaciones cómicas patentizan el desencuentro entre la militancia montonera y una «realidad» que se reduce al entorno familiar y al pequeño universo de los exiliados. De esta manera, la Contraofensiva se convierte en un simulacro trágico, cuyo único sentido es la desintegración de la familia Zuker por la acción combinada del terrorismo de Estado, el exilio y la conducción montonera. Si el contenido del libro de Cristina Zuker está marcado por la tragedia, *Lo que mata de las balas es la velocidad* es por el contrario una narración épica, donde es posible apreciar la disociación entre una Conducción Nacional autoritaria y mesiánica de los militantes que operaban en el territorio, heroicos a pesar de sus equivocaciones. Para Pablo Pozzi, esta disección es artificial y simplificadora, ya que entonces «habría que explicar porqué tantos excelentes militantes obedecieron a direcciones poco idóneas»³⁰. Las categorías mentales de Eduardo Astiz siguen siendo las mismas de «el Pelado», aquel lúcido y audaz combatiente de la Contraofensiva. Por último, en *Fuimos soldados* la historia se deja caer en brazos del sensacionalismo, dejando asomar una fascinación morbosa por las traiciones y la venganza. Los hechos se subordinan al interés por el «lado oscuro» de la militancia, y son narrados en un formato literario. El relato en primera persona del autor, que ha sido empleado por historiadores como Carlo Ginzburg para mostrar la cocina de la investigación histórica, en *Fuimos soldados* se vuelve un puro ejercicio de narcisismo, ya que no aclara los problemas que presenta el apoyar buena parte del libro en un solo testimonio³¹. Ni locura, ni épica ni tragicomedia, la Historia documentada de la Contraofensiva montonera todavía está por escribirse.

Bibliografía:

ACHA, Omar (2012), *Un revisionismo histórico de izquierda*. Buenos Aires: Herramienta.

ALTAMIRANO, Carlos (2001), *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires: Temas.

³⁰ POZZI (2006): 44-53.

³¹ GINZBURG (1999).

- ANGUITA, Eduardo y CAPARRÓS, Martín (1998), *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. Buenos Aires: Norma.
- ASTIZ, Eduardo (2005), *Lo que mata de las balas es la velocidad. Una historia de la contraofensiva montonera del 79*. Buenos Aires: De la campana.
- BAJTIN, Mijail (1994), *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*. Buenos Aires: Alianza.
- BONASSO, Miguel (2010), *Recuerdo de la muerte*. Buenos Aires: Planeta.
- BORGES, Jorge Luis (1965), *Ficciones*. Buenos Aires: EMECE.
- BROCATO, Carlos (1985), *La Argentina que quisieron. Después de la destrucción estatal y foquista, ¿qué moral civil es posible reconstruir?* Buenos Aires: Sudamericana-Planeta.
- CALVEIRO, Pilar (2005), *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla setentista*, Buenos Aires: Norma
- CONADEP (1985), *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires: EUDEBA.
- DE SANTIS, Daniel, (1998) *A vencer o morir. PRT-ERP Documentos*, vol. I, Buenos Aires: EUDEBA.
- HARRIS, Marvin (1985), *El materialismo cultural*. Madrid: Alianza.
- FRANCO, Marina (2008), *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GILLESPIE, Richard (1998), *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Buenos Aires: Grijalbo, 1998.
- GILLESPIE, Richard (2008), «La contraofensiva fue una locura de los comandantes montoneros». *Diario La Nación*, 05/07/08. Disponible en URL: <http://www.lanacion.com.ar/1026392-la-contraofensiva-fue-una-locura-de-los-comandantes-montoneros>
- GINZBURG, Carlo (1999), *El queso y los gusanos. El cosmos de un molinero del siglo XVI*. Buenos Aires: Muchnik.
- LARRAQUY, Marcelo (2006), *Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera*. Buenos Aires: Aguilar.
- LARRAQUY, Marcelo y CABALLERO, Roberto (2000), Galimberti. *De Perón a Susana. De Montoneros a la CIA*. Buenos Aires: Norma.
- LEVENSON, Gregorio y JAURETCHE, (1998), Ernesto, *Héroes. Histo-*

- rias de la Argentina revolucionaria*. Buenos Aires: Colihue.
- LONGONI, Ana (2007), *Traiciones*. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión. Buenos Aires: Norma.
- MANZANO, Valeria (2007), «Betrayal, loyalty, the Peronist People and the forgotten archives: Miguel Bonasso's narrative and the Peronist Left's political culture, 1984-2003", *Journal of Latin American Studies*, vol. 16, Issue 2.
- PERDÍA Roberto, (1997), *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*. Buenos Aires, Agora: 1997.
- POZZI, Pablo (2006) «Para continuar la polémica sobre la lucha armada», en revista *Lucha armada en la Argentina* n. 5, pp. 44-53.
- SARLO, Beatriz, (2003), *La pasión y la excepción. Eva, Borges y el asesinato de Aramburu*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- SARLO, Beatriz (2007), *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- VEZZETTI, Hugo, (2009), *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- ZIZEK, Slavoj (2007), *En defensa de la intolerancia*, Madrid: Sequitur.
- ZUKER, Cristina (2003), *El tren de la victoria. Una saga familiar*. Buenos Aires: Sudamericana.